



SUMARIO

Página

Discurso del Sr. Mamadou Dia, Primer Ministro
de la República del Senegal. 1251

Presidente: Sr. Frederick H. BOLAND (Irlanda).

Discurso del Sr. Mamadou Dia, Primer Ministro
de la República del Senegal

1. El PRESIDENTE (traducido del inglés): La Asamblea ha sido convocada esta mañana para escuchar un discurso del Sr. Mamadou Dia, Primer Ministro del Senegal, a quien doy la palabra.

2. Sr. MAMADOU DIA (Primer Ministro de la República del Senegal) (traducido del francés): El Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Senegal tuvo ya el honor de comunicar a la Asamblea el júbilo de nuestro país al poder ingresar plenamente en el concierto de las naciones y asumir su parte de responsabilidad en la prodigiosa edificación común de un mundo nuevo, que constituye la tarea fundamental de las Naciones Unidas, a la que se dirigen esperanzadamente la mirada de todos los hombres. Nuestro júbilo ha sido mayor por el hecho de que dos elementos le han dado una significación particular.

3. En primer lugar, la descolonización se ha logrado entre nosotros pacíficamente, sin derramamiento de sangre. A diferencia de otros muchos episodios de liberación nacional, este proceso de evolución pacífica ha permitido mantener intacta la amistad entre nuestro pueblo y el pueblo de la nación ex colonizadora.

4. Algunos se han sorprendido ante esto, pero nada hay más lógico. La amistad entre dos pueblos no significa que subsista la dominación del más fuerte sobre el más débil, sino todo lo contrario. Lo afirmamos con plena libertad. Con la misma probidad intelectual, continuaremos apreciando libremente a nuestros amigos y desconfiando de las empresas de los que querrían hacer que pese de nuevo sobre nosotros una tutela que nuestra nueva condición nos ha enseñando ya a no poder soportar.

5. Conseguida la libertad en la paz y la amistad, hemos tenido otro motivo de profunda satisfacción. Me refiero a la acogida unánime y calurosa que nos ha dispensado esta Asamblea, que con el mismo entusiasmo ha admitido a las nuevas naciones africanas de nuestra misma "promoción", con las que nos unen tantos vínculos estrechos, dando así testimonio de que Africa es un continente que ha alcanzado la mayoría de edad y llegará pronto, como esperamos, a la plena madurez. En efecto, uno de nuestros deberes más sagrados consistirá en hacer que todos nuestros hermanos se reúnan con nosotros en esta Asamblea, y que la presencia africana en el mundo se realice plenamente, por la voz de un Africa totalmente liberada y responsable de su destino.

6. Es cierto que en la política de las nuevas naciones africanas han surgido algunas divergencias. Pero estamos persuadidos de que se reducirán poco a poco las pequeñas cuestiones de familia, que hemos empezado a conciliar entre nosotros, valiéndonos de nuestros intereses comunes y, además, de la gran certidumbre de nuestra fraternidad.

7. No quisiera hablarles solamente de nuestros sentimientos. Sabemos que nos reunimos aquí en un mundo de problemas y angustias: es nuestro deber compartir la situación con Uds., plenamente y sin evasiones. Nuestra audacia al intentar con todas nuestras fuerzas contribuir a su solución contará, estoy seguro, con la comprensión y atenta indulgencia de Uds.

8. Desde hace mucho tiempo, mucho antes de que tuviéramos el derecho de hacernos oír, hemos puesto nuestro empeño en reflexionar sobre los grandes acontecimientos internacionales; nos hemos sentido solidarios del mundo que busca su gran equilibrio, más allá de las tiranteces y de los conflictos de una historia vertiginosa.

9. Hemos llegado a la convicción de que los protagonistas, que se han comprometido a fondo en las justas en que se va realizando esta historia, se encuentran hasta tal punto acicateados por los acontecimientos, que les queda poca perspectiva para apreciar una cierta dimensión humana de los problemas. Ahora bien, sin esta perspectiva no es posible romper esa dialéctica de la batalla que hay que ganara toda costa si no se quiere experimentar, más aún que la derrota, el fracaso del propio sistema. Así, pues, hemos reflexionado ante todo en la doctrina fundamental que deben aceptar todos los pueblos, sin lo cual no es posible que exista una comunidad internacional.

10. Voy a tratar de exponer el cuadro que vemos cuando observamos el mundo desde Africa. De esta forma me encontraré en un terreno mucho más sólido para apreciar mejor los objetivos de nuestra acción común y deducir qué medios se nos ofrecen para realizarlos dignamente.

11. No creo que ni uno solo de los grandes problemas que dividen al mundo pueda encontrar solución a menos que emprendamos una acción de conjunto y, por consiguiente, a menos que tengamos una concepción de conjunto. Es preciso, pues, empezar por definir esa acción, o por intentar definirla.

12. En el notable discurso que pronunció ante esta Asamblea el 22 de septiembre último, el Presidente Eisenhower declaró:

"La noble idea de que una auténtica comunidad internacional puede erigir una paz con justicia a condición de que los pueblos trabajen de concierto, pacientemente, en una atmósfera de franca confianza, debe ser la fuerza generadora que anime a las Naciones Unidas si desean lograr éxito." [868a. sesión, párr. 82.]

13. Al día siguiente, 23 de septiembre, en un discurso igualmente muy notable, el Presidente Khrushchev declaró a su vez:

"Las Naciones Unidas fueron creadas precisamente para que triunfara la causa de la paz y la tranquilidad, para servir a la paz y a la seguridad de los pueblos, y abrigamos la esperanza de que las decisiones que se adopten en el actual período de sesiones de la Asamblea General hagan que esté más cerca de todos el objetivo universal: paz y justicia." [869a. sesión, párr. 110.]

14. Así, pues, los jefes más eminentes de las dos grandes coaliciones mundiales formulan, en términos curiosamente análogos, los grandes objetivos de su acción internacional: edificar la paz en la justicia. Por desgracia es preciso reconocer que aun cuando esto parezca una paradoja verbal, de hecho nos encontramos en medio de un conflicto gigantesco, que carecería totalmente de sentido si las palabras tuviesen para uno y para otro el mismo valor. ¿Y por qué? Porque la paz no es un bien en sí; ocupa un lugar secundario respecto de la justicia, y para el Oriente y el Occidente la justicia no corresponde a un mismo esquema del orden mundial. Es preciso que aceptemos y miremos de frente esta dura verdad si queremos progresar y tratar de resolver la gran contradicción.

15. Ante todo, en el centro mismo de esa contradicción, están las Naciones Unidas, la Asamblea en que nos encontramos.

16. El análisis de los grandes debates de que las Naciones Unidas han sido teatro, y a veces incluso ocasión, a lo largo de los últimos años, parece indicar una evolución profunda de todos los elementos de los problemas fundamentales que nos preocupan, y que tienden a convertirse en cuestiones de vida o muerte, no sólo para una civilización, sino para todas las civilizaciones, no sólo para un grupo humano, sino para todos los hombres.

17. Esto explica — como lo expresaba recientemente el representante de la India ante la Primera Comisión [1094a. sesión] — el que nosotros, las pequeñas naciones, podamos sentirnos preocupados con el mismo título que los grandes pueblos, ante coyuntura tan terrible.

18. Cuando se intenta penetrar el sentido de esta historia reciente de las Naciones Unidas, se piensa que esta instancia suprema, colocada por encima de las naciones y constituida por todas las naciones, esencialmente ya no es, por desgracia, el lugar donde se dialoga y se confrontan los problemas, donde se solventan las querellas, donde reina una cooperación cuya necesidad se impone cada vez más, una cooperación de la que todo el mundo habla, pero que apenas se practica fuera del dominio de las armas y de las máquinas de guerra.

19. Las Naciones Unidas se han convertido en teatro de la guerra fría. Dos grandes bloques se enfrentan en él cada día, a veces con furor y estrépito — hasta el punto de que uno se pregunta si el edificio que sigue todavía haciendo de escudo no terminará por estallar — y a veces con ánimo de una competición no menos áspera que adopta la forma de maniobras de procedimiento, de tácticas y de pujas, de una verdadera guerra de movimientos que sigue y a menudo acompaña a la guerra de posiciones.

20. Los objetivos de ambos bloques son evidentes para los que, no estando totalmente aplastados por su dialéctica global, y figurando con frecuencia en el papel de carta a la que se apuesta, podemos percibirlos mejor.

21. Así, pues, los objetivos y las estrategias presentan casi siempre un extraño parecido. Cada bloque está persuadido de que su lógica le conduce por el cauce principal de la historia, de que él solo posee exclusivamente la verdad. Atrincherado en esta verdad exclusiva, se cree en el deber de organizar una cruzada. De esta forma, la derrota del otro es para cada campo el objetivo confesado. No existe una solución intermedia a plazo más o menos largo.

22. Por consiguiente, nunca ha habido una verdadera coexistencia pacífica, ya que este término hubiera debido significar la tolerancia de ambos sistemas basada en el reconocimiento de sus diferencias, en el respeto de sus opciones recíprocas. Por eso, esa coexistencia, a la que se hace mención constantemente, no es por el momento más que un mito. Por otra parte, estimamos que una coexistencia pacífica que signifique una yuxtaposición pasiva de ambos bloques es una visión del espíritu, estéril e inapta para resolver los problemas.

23. Se ha establecido entre los bloques una competición intensa que, mediante el juego y la teoría de los riesgos calculados — las armas de cada uno son cada vez más terribles en número y en potencia — corre el riesgo de desencadenar el cataclismo y la aniquilación. Pero los bloques no controlan todavía la totalidad del mundo. Resulta curioso comprobar que las jóvenes naciones siguen siendo una carta codiciada que provoca todas las empresas imaginables de seducción o de timo disfrazado. Se oye así decir normalmente que aquel de los bloques que consiga ganar para su campo a los países del tercer mundo habrá ganado probablemente puntos decisivos.

24. He aquí, pues, la encrucijada en que nos encontramos nosotros, las naciones del tercer mundo, obligadas a definirnos en relación con esa situación, por una parte atentas a la necesidad vital de encontrar los recursos necesarios para nuestro desarrollo, es decir, para nuestra subsistencia como naciones, y por otra a la de salvaguardar la dignidad y los valores de nuestra civilización, que nos impone el deber de no dejarnos engolfar en una lucha que nos sobrepasa y nos aplasta.

25. Tengo conciencia de la tentación que se nos presenta de mantenernos en equilibrio entre los dos bloques opuestos que desean incluirnos en su clientela y tratar de salvar una fachada de independencia. Pero este camino que, aun cuando no estoy muy seguro de ello, puede tal vez parecer viable a las grandes naciones, nos parece más que aventurado para los pequeños países que difícilmente podrán amortiguar los golpes de las pujas respectivas. En un campo de competición tan intensa, caminar perpetuamente sobre la arista de la montaña nos parece infinitamente temible.

26. ¿Qué cabe hacer, entonces? ¿Existe una solución? Esto es lo que debemos definir rápidamente. Es preciso pensar en nuestra estrategia en función de lo que queremos ser. No creo que, por difícil y ambiciosa que sea, la empresa esté condenada necesariamente al fracaso. De todas formas, no podemos eludir el problema. Creo incluso que, atendiendo a nuestra reflexión, los bloques pueden encontrar la ocasión

de reconsiderar completamente su dialéctica, para darle por fin aquella dimensión humana sin la cual no creemos que la humanidad pueda sobrevivir.

27. En efecto, estimamos que pese a la exaltación del hombre que se proclama en uno y otro campo, las armas de propaganda disimulan un cierto fracaso e incluso el riesgo de no dar curso a la vocación de la época en que vivimos.

28. En nuestros países, donde pese a nuestra indigencia material y a veces nuestra gran miseria, el hombre ha quedado más enfrentado a la vez con sus dimensiones comunitarias y sus dimensiones espirituales, podemos tener una mayor conciencia de que existe algo de monstruoso en las soluciones propuestas por unos y por otros, que se presentan por encima de todo como técnicas.

29. Estimamos que no es posible proseguir con éxito el diálogo entre los pueblos, si no tratan todos de percibir con la misma buena voluntad las líneas esenciales de la evolución del mundo en que avanzamos, que no depende totalmente de la sola voluntad de los hombres. El buen sentido permite advertir que nada se resolverá jamás si ante todo no se intenta definir lo que será el mundo de mañana, el mundo de después de los bloques.

30. Ese mundo de mañana, si existe, si la devastación no viene a barrerlo todo, nos parece que debe inscribirse en la perspectiva fundamental de Teilhard de Chardin, en el sentido de una totalización de las estructuras orgánicas de los pueblos y, simultáneamente, de una exaltación consiguiente de los valores humanos. No se conseguirá tomando una senda intermedia — que tendría un carácter estático — entre los sistemas existentes, sino más bien más allá del marxismo actual, y también más allá del liberalismo actual que a veces reivindica un carácter personalista, en una nueva dialéctica de equilibrio dinámico entre la mejor parte de esas dos corrientes fundamentales que resumen lo esencial de las fuerzas que actúan en el mundo de hoy: me refiero a la socialización y a la personalización.

31. En el plano de las realidades concretas esto significa que, mediante un crecimiento equilibrado del mundo, cada uno de los dos bloques ha de admitir la existencia del otro y el diálogo positivo con el otro al nivel de los valores y, por consiguiente, que ha de admitir una cierta influencia del otro que ha de admitir el cese de las reacciones de integrismo enfermizo, que se traducen tanto por la persecución de las brujas del Mccarthysmo como por la liquidación de los pretendidos "desviacionistas".

32. Hemos de trabajar con todas nuestras fuerzas para que el bloque del Oriente acepte una reintegración de los valores espirituales fundamentales que deben tener su lugar en el interior de todo socialismo verdadero.

33. Desplegaremos los mismos esfuerzos para conseguir que el bloque del Occidente reconozca que no puede obstinarse en negar la organización socialista — en el sentido más noble del término — de las relaciones entre los hombres y los pueblos.

34. Me doy cuenta de que sería ingenuo creer que tal acercamiento podría realizarse sin dificultades inmensas, pero estimo también que, mientras no hayamos planteado todos juntos el problema en ese nivel, no habremos resuelto más que aspectos secundarios

de todas las cuestiones, y que continuaremos corriendo el riesgo de una explosión global. La paz definitivamente conseguida sólo puede fundarse en este encuentro de los pueblos.

35. La misión de Africa en las Naciones Unidas, de ese continente que todavía no ha quedado totalmente prendido en el engranaje de la guerra fría — ¿por cuánto tiempo aún? — tal vez consista en intentar aportar un testimonio sincero de lo que puede llegar a ser un continente que quiere organizarse y fomentar una mayor cooperación en su seno, sobre la base de un socialismo decidido a respetar los valores espirituales del hombre. Pero es preciso para ello que Africa esté resuelta a seguir siendo auténticamente africana en medio de las pujas de los que se la disputan, elaborando por sí misma su propia estrategia, trazando por sí misma su propio camino, elaborando por sí misma su propia doctrina internacional, que sólo puede ser la de la cooperación abierta y el diálogo libre, sin exclusivismos.

36. De esta doctrina — cuyo espíritu he intentado definir — que tiende a la solución de la contradicción fundamental del mundo actual, combinando la socialización y la personalización, en lugar de oponerlas, se desprenden para nosotros, socialistas africanos, un cierto número de soluciones a los problemas actuales. No intentaré exponerlas ante Vds., para no abusar de la benévola atención que ha tenido a bien dispensarme esta ilustre Asamblea. Permítaseme simplemente desprender algunos principios generales relativos a las principales cuestiones que figuran en el programa del actual período de sesiones.

37. En primer lugar, no basta con proclamar la coexistencia: es preciso organizarla y, si es posible, institucionalizarla mediante una serie de reformas que aseguren el funcionamiento de la democracia en el plano internacional.

38. Nuestra función en las Naciones Unidas debe consistir en contribuir a definir los objetivos y los medios de una acción internacional nueva que abra el camino a la edificación de una verdadera democracia mundial.

39. En lo que nos concierne, estamos dispuestos a testimoniar nuestra fidelidad a la democracia firmando la Convención de Derechos Humanos preparada por la Comisión de Derechos Humanos en las Naciones Unidas. Estimamos que la Carta no debe quedar reducida a este respecto a un simple documento declarativo, sino que los Estados deben ajustarse a ella en sus respectivos regímenes interiores. Porque la descolonización sólo dejará de ser un principio para uso externo mediante una democratización total de los regímenes de las naciones, de los sistemas de gobierno, de las estructuras económicas y sociales internas. Más aún, en el siglo de la promoción de las masas y de la socialización, una declaración de derechos humanos sólo alcanza su plena significación cuando es complementada por una declaración de los derechos de los pueblos que proclame, especialmente, ese derecho que se impone cada vez más, el derecho al desarrollo económico y social.

40. En efecto, la democracia mundial será económica y social, o no será nada. De ahí que nos alegremos de toda tentativa, por modesta que sea, encaminada a resolver el problema de la insuficiencia del desarrollo. Hemos saludado la creación de la Asociación

Internacional de Fomento. Estimamos que es preciso coordinar y ampliar los esfuerzos de la Organización internacional dándoles como objetivo inmediato la creación del Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo Económico, que la histórica Conferencia de Bandung situó en 1955 en el centro de su reivindicación económica, y la de un fondo de estabilización de las materias primas.

41. Es indudable que un problema tan inquietante como el del desarme sólo encontrará una solución positiva y realista cuando esté orgánicamente vinculado con una cooperación económica y social que garantice la reinversión de los recursos a medida que se los vaya liberando.

42. Como es natural en un país que ha recorrido todas las etapas de la descolonización, el Senegal se ha adherido plenamente a la resolución de nuestra Asamblea General sobre la liquidación del sistema colonial [resolución 1514 (XV)]. ¿Hay que precisar que si queremos terminar con el viejo colonialismo y con sus secuelas, no es para caer en nuevas formas de dominación de tipo político, económico o estratégico? Nuestro anticolonialismo no tiene sentido único; se inspira en el espíritu universalista de los precursores de la democracia, sean franceses o americanos. ¿Necesito añadir que las propias Naciones Unidas deben predicar con el ejemplo en todos los sectores, y en primer lugar en el plano de la democratización de sus estructuras y de sus órganos, y hacer justicia rápidamente a las reivindicaciones de las naciones africanas en lo que respecta al aumento de los puestos del Consejo de Seguridad y del Consejo Económico y Social?

43. En lo que atañe a la admisión de nuevos Estados, una política discriminatoria nos parece totalmente contraria al espíritu de nuestra Carta y a la jurisprudencia de la Asamblea General. Esta es la razón de que hayamos votado en favor de la admisión de la China comunista. Por la misma razón, deploramos vivamente que el problema de la admisión de Mauritania se haya planteado en un espíritu de mercantilismo e interferencia en nuestras decisiones por la política de los bloques. Es preciso que de una vez por todas, se comprenda que todo joven Estado, sea cual fuere la ideología que profese, tiene derecho a estar representado entre nosotros. Nuestro deber es ayudarlo a encontrar en la Organización internacional la protección y las garantías que las pequeñas naciones tienen derecho a esperar de nosotros en un mundo duro, dominado por los poderosos. Quiero reafirmar en esta ocasión nuestra solidaridad con el joven Estado de Mauritania y expresar la firme esperanza de que pronto quedará reparada la injusticia de que es víctima.

44. Estimo igualmente que nuestra Organización actuará acertadamente interesándose por la suerte de esas pequeñas naciones provisionalmente escindidas y mutiladas como consecuencia de divisiones artificiales, que buscan legítimamente la forma de recuperar su unidad. En este caso, estimamos que la admisión simultánea en las Naciones Unidas de fracciones separadas de una misma nación puede constituir un paso adelante en el camino de retorno al diálogo y de la búsqueda de relaciones de cooperación.

45. Pero la piedra de toque de nuestra Organización internacional, la prueba suprema que dará la medida de su eficacia y de la grandeza de su misión, reside en nuestra capacidad — que hemos de testimoniar —

para ayudar a resolver conflictos actuales especialmente dolorosos para todos nuestros pueblos y, sobre todo, para los pueblos africanos, conflictos que, huelga demostrarlo, amenazan la paz internacional: me refiero al Congo y a Argelia.

46. Nos reservamos el derecho de dar a conocer más detalladamente nuestro punto de vista cuando se celebren los debates, sobre todo el relativo a Argelia. Por el momento, quisiera limitarme a formular algunos principios generales que constituyen, a juicio de mi Gobierno, la base de una solución pacífica, democrática y justa de esos conflictos.

47. En primer lugar, en lo que respecta al principio de la intervención de las Naciones Unidas, la estimo totalmente legítima y necesaria, pero con una condición: que esté dictada por los principios democráticos de la Carta, y que contribuya a ayudar a resolver las dificultades, en lugar de exacerbarlas mediante la intervención de ciertos factores extraños tanto al problema como al interés de los pueblos interesados. Por consiguiente, no se trata tanto de decir que las Naciones Unidas deben intervenir, como de definir las condiciones, las modalidades, el alcance de su intervención, para que ésta sea plenamente eficaz y contribuya a la paz y a la edificación de la democracia internacional.

48. En cuanto al Congo, estimamos que las Naciones Unidas estuvieron plenamente justificadas al intervenir para intentar restablecer la paz y para salir del caos. La intervención del Secretario General fue determinante en ese sentido, y quiero asociarme y asociar al Senegal al legítimo homenaje que se le ha tributado. Pero si las Naciones Unidas tienen como misión crear un clima de acercamiento y favorecer la normalización de una situación deteriorada, estimamos, en cambio, que no tienen ningún derecho a fijar el régimen ulterior del Congo. Lo único que pueden hacer es formular el voto de que ese régimen se ajuste lo más posible al país, que no eluda el problema de las minorías y de las fracciones étnicas, que podría resolverse sin mayores dificultades gracias a un sistema flexible de federalismo interno. Pero debemos dejar a los congoleños su facultad de libre determinación de la que, conviene decirlo, la conferencia de mesa redonda celebrada en Bruselas en 1960 sólo enunció un esquema apresurado e incompleto.

49. En el clima actual, el ejercicio de esta libre determinación parece prácticamente imposible. El Congo está expuesto a todos los vientos de la guerra fría y al juego incesante de la intervención de los bloques estratégicos. Para colmo, los extremistas más delirantes de todas las tendencias campan por sus respetos, y toda solución constructiva ha venido a resultar casi imposible. A nuestro juicio, compete a los países africanos hermanos, actuando bajo el control y en el espíritu de las Naciones Unidas, facilitar la celebración de una conferencia de mesa redonda entre representantes de todos los movimientos congoleños. No en Bruselas, sino en África. No debería establecerse el plan de ayuda económica al Congo antes de que se hayan elaborado las estructuras fundamentales como resultado de esa conferencia. Las Naciones Unidas sólo pueden aportar socorros de urgencia para hacer frente a problemas de carácter humanitario. Pueden reunir ya los recursos para prestar ayuda económica y técnica. Pero es preciso que el Congo esté en condiciones de aceptar esa ayuda y disponer libremente de ella.

50. Respecto de la cuestión argelina, nuestra posición no sorprenderá a nadie. Viejos militantes de la descolonización, estamos a favor de la libre determinación del pueblo argelino y hemos saludado el reconocimiento solemne de la misma que, por primera vez en la historia de Argelia, hizo el General de Gaulle. Más aún, no vacilamos en proclamar aquí que somos partidarios de una república argelina independiente, que obedezca a la ley de la mayoría y respete los derechos de la minoría, principio que admiten todas las naciones democráticas modernas. Justicia por justicia, es justo reconocer que, en lo que se refiere a este objetivo fundamental, que es el de la revolución argelina, el discurso que el general de Gaulle pronunció el 4 de noviembre de 1960 constituye una nueva etapa en el camino de la descolonización y una contribución positiva a la paz. Una dificultad esencial — ¿por qué disimularlo? — consiste en aplicar esos principios a la realidad, una realidad que, desgraciadamente, está dominada por la guerra con su cortejo de horrores. Estimamos, sin embargo, que aparte de iniciativas adoptadas en diferentes ocasiones, no para entorpecer, como se ha afirmado, sino para preparar o prolongar la acción de las Naciones Unidas, éstas pueden ayudar y deben ayudar a superar los obstáculos, pero con una concepción sana de la naturaleza y de los límites de su intervención. El realismo y la honestidad respecto de nuestros hermanos argelinos nos imponen el deber de afirmar que el papel de las Naciones Unidas no puede ser el de imponer una solución, ni siquiera un procedimiento, sino el de crear el clima necesario para la reanudación del diálogo entre franceses y argelinos.

51. A nuestro juicio será buena toda resolución que, animada de este espíritu, abra el camino a la negociación en lugar de retrasarla y lleve a concertar la paz en vez de comprometerla. Somos resueltos partidarios de la paz negociada, y estamos resueltamente

en favor de una "república argelina", auténticamente argelina, hecha por y para el pueblo argelino. Desconfiamos de las soluciones cuyos promotores saben que contradicen esos objetivos esenciales, porque consagran la ruptura en lugar de conseguir la aproximación, porque prolongan el estado de guerra, con riesgo de agravarlo, en lugar de conducir a la paz.

52. Lejos de nosotros, sin embargo, el pensamiento de descartar toda idea de garantías recíprocas que se apliquen a la vez a la cesación de las hostilidades y a la puesta en práctica de una libre determinación que lo sea de verdad. Ahora bien, estimamos que, sean cuales fueren las dificultades que haya que vencer, las decepciones que haya que soportar, esas garantías sólo pueden ser el resultado de negociaciones directas que las Naciones Unidas tienen el derecho y la obligación de exigir en una recomendación internacional unánime.

53. Tal es, a nuestro juicio, la orientación que debe tomar toda gestión de las Naciones Unidas que quiera ser eficaz, constructiva y fiel al espíritu de esta institución, en un asunto demasiado grave para que sea objeto de pujas internacionales.

54. Pido perdón por haber abusado de la indulgente atención de Vds. No me he considerado autorizado a faltar a una sana tradición que en definitiva, constituye un homenaje a nuestra Asamblea, es decir, un homenaje permanente al diálogo, ese supremo recurso que a veces las naciones se permiten desdeñar, pero siempre a costa suya. No será uno de los menores motivos de gratitud para con la Asamblea el haberme dado ocasión, al reanudar la tradición, de asociarme al homenaje que debemos todos al diálogo de los pueblos, del que las Naciones Unidas deben ser, más que el símbolo, la imagen viviente. De él depende la supervivencia de las naciones, sean pequeñas o grandes.

Se levanta la sesión a las 11.40 horas.